

EL LABERINTO Y EL HILO

Facilidad, Expresión, Tragedia

Por Sebastián SALAZAR BONDY

A propósito del pintor japonés Tsutaka que actualmente expone su obra en Lima se ha aludido a la **facilidad** con que se expresan ciertos artistas contemporáneos. Facilidad en la creación de sus cuadros que proviene del abandono de toda pena en la realización física de ellos, en la eliminación de todo esfuerzo artesanal, en la entrega, ahora franca, a los resultados azarosos de actos inopinados, espontáneos, libérrimos. Se ha llamado a ello **facilismo**, término que contiene, en su significado, una referencia a cierta supuesta actitud desdeñosa del pintor hacia el público. ¿Es justo el achaque? ¿Hay, en verdad, una inclinación de los creadores plásticos contemporáneos hacia la obra que surja sin problemas de sí, como fruto de un golpe de suerte que efectúa el pincel empapado en color sobre el lienzo blanco? ¿Es el automatismo, caro a los sobrerrealistas, el método que gana más y más adeptos en el arte de nuestro tiempo?

Hay que reconocer que el arte pictórico y, en menor grado, el escultórico atraviesan por una crisis, de la que no es ajeno el hombre actual en general. No es una crisis exclusiva de Occidente y del mundo influido por él, pues ahí donde el arte informal (llamado "tachismo" o "manchismo") está vedado merced a un dispositivo dictatorial —los países comunistas—, la salida que en lo estético se da al impasse espiritual de la época no resuelve nada: si en vez de que los pintores, por la gravitación evolutiva de los conceptos culturales, hagan cuadros a base de manchas, pegotes o rayados, con trapos, dedos o punzones, se les obliga a retratar a los jefes, reproducir la eficacia de un tractor o mostrar la apacible quietud de un rincón invernal, la crisis subsiste por debajo de esas representaciones de clisé. Lo mismo da, a la postre, la destrucción de la pintura por el abandono de toda preocupación formal que por su subordinación servil al programa de gobierno de un partido.

El tiempo en que se pinta un cuadro poco importa si el



resultado es bello y, por ello, la facilidad no es problema. El problema es la expresión, lo que el artista intenta transmitir a los espectadores. Y esto es lo que cada día parece a la masa no ilustrada menos legible. Si Mathieu o Pollock (dos de los más conocidos "tachistas") embadurnan la tela de color, y Tappes o Burri (dos de los más conocidos "informalistas") ponen cemento, lija y otros desechos en una superficie, es porque quieren comunicar algo inefable de otra manera. Algo, por cierto, que es terrible, que es angustioso, que es desesperado. Se trata de provocar en el público esos sentimientos: en los habituados a través del rechazo violento y en los habituados mediante un ahogo íntimo muy característico del ambiente psicológico presente. Se lee en esas obras, pero ya no al modo tradicional, usual hasta el advenimiento impresionista. Inclusive con esta tendencia, hablaban en el cuadro las referencias a la realidad tangible a través del color. Hoy la situación ha cambiado, pero no porque haya desdén hacia el espectador, afición a la facilidad o adhesión al automatismo sobrerrealista, sino porque se trata de manifestar una intuición que ya no cabe en los signos de la naturaleza visible, cuya insuficiencia textual es consecuencia de su agotamiento.

Una gruesa y quebrada línea negra de Tsutaka, sobre un fondo blanco con reflejos de celeste y rosa, que se encuentra con una mancha amarilla, dice algo radicalmente diferente de una laguna, un cisne y un crepúsculo. Dice algo perteneciente a la interioridad del hombre, a su perplejidad ante la incógnita que trata de despejar en su soledad, a su espanto frente al futuro. Hay quienes prefieren evadirse de tales interrogantes leyendo historietas, viendo películas policiales, hipnotizándose ante el televisor, lo cual no varía el drama profundo que todos vivimos. No es facilidad, pues, la de los informalistas de la hora. Es tragedia afrontada con sentimientos trágicos y convertida en objeto con símbolos también trágicos. Nos gusten o no —y el cronista no dice que le gusten—, es éste un hecho que avanza y es imposible contener, ni siquiera, como se intenta en el mundo comunista, por acción de la policía. Es, en resumen, el reflejo de que se busca comulgar de individuo a individuo en una suerte de identificación secreta y dolorosa, más allá de la elocuencia de las figuras objetivas, más allá de la retórica exterior y regular, más allá de la pintura misma.